

# La culpa fue del danzón

LUPITA QUIRÓS ATHANASIADIS

Aunque estaba hospedada en un hotel cinco estrellas de la ciudad de La Habana, Vilma se despertó esa mañana con el canto de un gallo. Curiosa, lo primero que se le ocurrió fue indagar en la recepción. Cuando lo hizo, y todavía con la telefonista en la línea negándole tal posibilidad, el gallo cantó por segunda vez. Supo que la chica lo había escuchado a través del teléfono, porque de pronto enmudeció. Sin embargo, reunió coraje para preguntarle, con riguroso respeto, si no sería que la señorita lo habría soñado.

Vilma era una periodista española que recién llegaba a vacacionar desde el Viejo Continente. Por tanto estuvo de acuerdo con lo que se decía de los americanos, que eran, para decirlo en una palabra: surrealistas.

Más tarde, cuando bajó al vestíbulo para enviar un fax a Pilar, su colega en Madrid, vio a Aníbal. Éste cargaba, con total normalidad, al animal en una jaula. Ella se le acercó y le preguntó:

—¿Cómo es posible tener un gallo en la habitación de un hotel como éste?

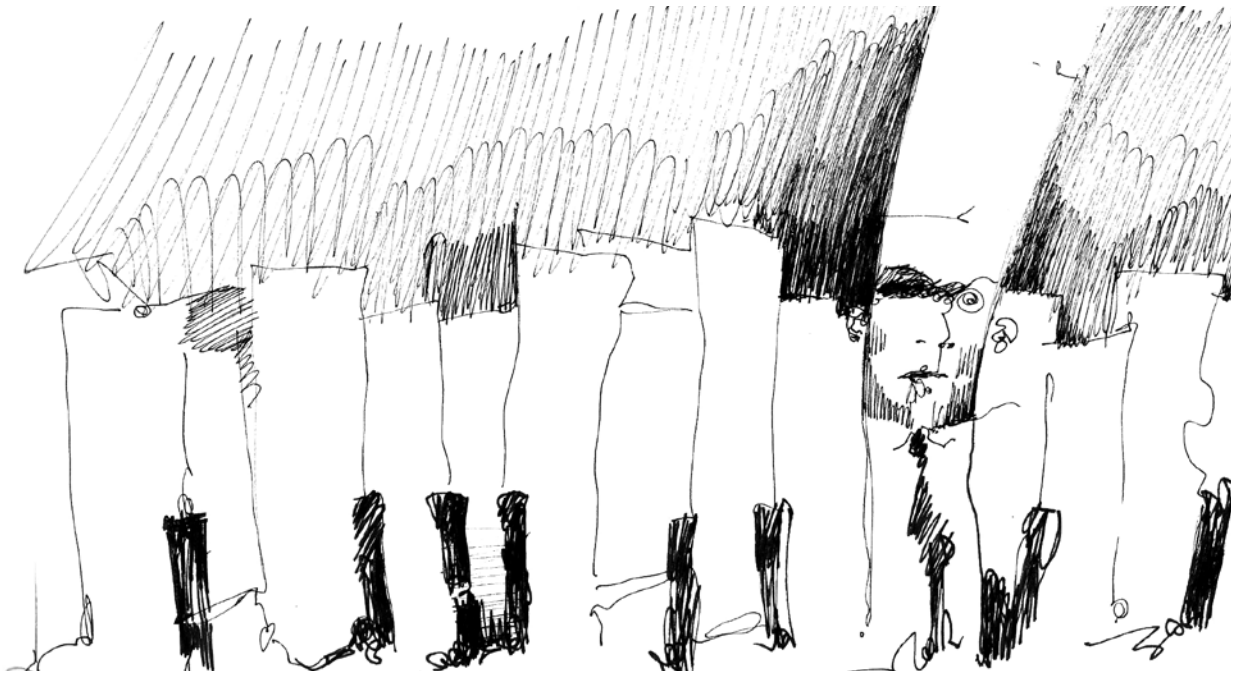
—Muy fácil, bella dama -contestó con amabilidad, al mismo tiempo que tocaba con gen-

tileza su sombrero blanco- : con influencias y dinero. No es mío, sino de un amigo. Voy a llevarlo ahora con su cuidador -añadió después, con una sonrisa que mostraba una dentadura perfecta.

Intercambiaron datos sobre cada uno y él le dijo que trabajaba en un espectáculo del hotel. Era un hombre muy alto, negro, buen mozo. Cuando la invitó a verlo actuar esa noche, simplemente no tuvo fuerzas para decir que no.

Estaba sentada en la tercera o cuarta fila del cabaret frente al escenario, donde se acomodaba el conjunto. Observaba con deleite al "bombón de chocolate", nunca mejor expresado -pensó- porque él, musculoso, sonriente, le parecía atractivísimo ataviado con aquella vestimenta de mangas anchas coloridas y un ceñido pantalón. Lucía extravagante y colocaba, con diligente meticulosidad, los instrumentos que amenizarían la noche.

Era el primero de sus doce días de vacaciones. Deseaba verse alejada del trabajo y de su relación anterior. Había dejado a su pareja hacía tan sólo siete semanas y se sentía feliz después de tantos años de martirio verbal. No quería saber más de los hombres -se había pro-



metido en el aeropuerto de Barajas.

Vilma pudo distinguir los aparejos que él disponía en el escenario, porque perteneció a un grupo que organizaba conciertos y bailes al aire libre. Por ello reconoció los trombones y las trompetas; más allá los contrabajos y los violines... También lo observaba con admiración desde las vedadas penumbras de luz y sombra de los reflectores.

Estaba fascinada con las palmeras gigantes, las matas de plátanos y los faroles multicolores que adornaban el salón, el cual se empezó a llenar rápidamente de turistas. Se quedó pensando por unos momentos en los orígenes de la música de baile cubano, que eran una fusión de las melodías líricas europeas y los ritmos calientes del África negra. En ese momento salió de su abstracción, porque un salonero le preguntaba qué deseaba tomar la señorita.

—Un mojito —contestó. Siguió observando con detenimiento que a algunos se les dificultaba pasar por entre los pequeños espacios de las mesas, porque el lugar ya estaba a tope.

Cuando empezaron los acordes de la música y se interpretaron una cumbia, un mambo y un guaguancó se percató de que Aníbal se desempeñaba tan bien con las maracas, como con el clarinete. También hizo de bailarín en algo que llamaban danzón, para lo cual vestía un traje de lino blanco. Tras él, un grupo de hombres

empezaba a tocar los instrumentos de percusión cubanos que pudo distinguir gracias a un folleto en el que aparecían dibujados: eran los timbales, el güiro, el cencerro, las tumbadoras, las congas y las maracas; también unos palos que llamaban claves y que eran los únicos tocados por un hombre blanco.

Luego volvieron a interpretar un danzón y salieron a bailar las parejas. Vilma miró con fascinación la facilidad con que Aníbal se movía y, aunque parecía haber cierto estudiado recato, debido a que las miradas del hombre y de la mujer no se cruzaban, no quitó la vista de las caderas de la guapa bailarina ni del pañuelo que portaba en su diestra. Le pareció notar cierta reacción física en el delgado pantalón de lino del hombre que admiraba. Sin embargo, pensó, tal vez habría sido un juego de su imaginación. El danzón terminó con una fanfarria y las bailarinas se separaron y empezaron a abanicarse con coquetería.

Después de unos cuantos vasos más de mojito, finalizó el espectáculo.

Entonces Aníbal le hizo una seña para encontrarse en el bar. Cuando se sentó junto a él ya estaba hechizada por el calorcito caribeño, su música, sus bailes... y ¿por qué no decirlo?, por el apuesto cubano. Rieron, conversaron un rato, al cabo del cual Vilma perdió su acostumbrado control y, desprevenida por las emocio-

nes nuevas, se fue a la cama con Aníbal.

Al día siguiente él le enseñó algunos sitios de interés. Después se dirigieron hacia la calle Empedrado 206, cerca de la Catedral, porque ella quería conocer el famoso restaurante “*La Bodeguita del Medio*”. El lugar estaba atestado de turistas. El ambiente era bohemio, las paredes se encontraban garabateadas con nombres de antiguos clientes y fotos de personajes famosos. Ambos pidieron frijoles negros dormidos y puerco rostizado. Así, en medio de los acordes de guitarras y sorbitos de ron pasaron unas idílicas horas. Él se mostró muy amoroso y atento hasta el momento en el que les presentaron la cuenta y pidió permiso para ir al baño. Vilma se dio cuenta del ardid, pero lo disculpó pensando en el raquítrico sueldo que tendría como músico. Además, ya estaba enamorada.

A partir de entonces, ella fue la que siempre pagó las cuentas y aunque disfrutaron muchísimo esos últimos días, Vilma, un tanto presionada por las flechas de Eros y por el poco tiempo que le quedaba en la isla, le sugirió que se fuese con ella a Madrid. Aníbal le dijo que sí. Y le pidió que se cambiaran a una suite del hotel que tuviera cocina. Así podrían preparar sus alimentos, con el fin de disfrutar más las últimas horas de sus vacaciones. En el momento en que atravesaron el *lobby*, él se distrajo por unos momentos y ella aprovechó para mandarle otro fax a su amiga Pilar, esta vez contándole acerca de sus planes y enamoramiento.

Un día después, precisamente el anterior a su viaje de regreso, hizo una tarde bellísima. Se encontraba en el balcón de la habitación fumando un cigarrillo, envuelta en las ensoñaciones de un futuro compartido; las delgadas cortinas de gasa ondeaban al viento y, a través de ellas, Vilma admiraba con deleite el cuerpo desnudo de su galán.

Estaba tirado de espaldas con todo su maderamen oscuro contrastando con las sábanas blancas. Las fuertes pantorrillas, sus nalgas fir-

mes, la delgada cintura, la inmensa espalda y los brazos largos con las ondulaciones de su musculatura. ¡Qué feliz había sido esos días y ojalá se cumplieran los planes que habían hecho juntos! ¿Por qué —se preguntaba mientras lanzaba aquellas fugaces volutas al aire— habría tenido que viajar tan lejos para encontrarse con su alma gemela?

De pronto oyó que unos nudillos tocaban la puerta y fue a abrir presurosa, deseando que nada despertase a su ángel dormido.

—Perdone —dijo un botones, al tiempo que se limpiaba con un pañuelo la frente sudorosa—. La señorita ha recibido este fax desde Madrid y me indicaron que era muy urgente, que se lo entregara enseguida.

A Vilma le temblaron las manos, porque pensó en su madre y en su hermana al mismo tiempo. Se angustió que hubiese ocurrido algún infortunado accidente. Cerró la puerta, rasgó el sobre y, todavía con las manos temblando leyó la nota que decía:

*“Aníbal es gigoló y bisexual. A mí también me enamoró y estafó cuando su pareja, un rico hombre de negocios cuyo pasatiempo es las peleas de gallos, se encontraba de viaje.*

*Tu amiga, Pilar”*

Vilma dejó de temblar. La invadió un aborrecimiento profundo y cegador. No pudo reconocerse en ese nuevo, brutal sentimiento de odio que la embargaba. Una determinación insospechada hizo que se dirigiera despacio hacia la cocina, donde tomó el cuchillo más grande y filoso que pudo encontrar. Entró con él en la mano en el mismo momento en que Aníbal, todavía dormido, se daba una vuelta para quedar bocarriba, con toda la virilidad expuesta, justo en la posición en que ella necesitaba que estuviese.

---

\*Tomado de: Lupita Quirós Athanasiadis. No se lo cuentes a nadie. Panamá, 2007.